

CAPÍTULO XIII

El secreto descubierto. — Los empeños de un amigo. — El padre y la hija. — La deidad y el gobernador. — El Changuito. Resoluciones.

Lorenzo desde en la tarde mandó á Simón con una copia del decreto sin encabezado ni firma, para que disfrutaran en su escondido retiro del gusto general que en el pueblo dominaba y Amparo viera el término feliz de su audacia y zanganadas. — ¡Albricias, niña, albricias, señor D. Angelito! llegó gritando Simón, admiren este papel del gobierno, ya se comen á su lustrísima á vivas, á abrazos y á gritos, ya no hay cohetes en las tiendas, y de esta hecha acaban con las campanas de la iglesia; todos parecen locos y al amo y al sucia los traen á la rebatinga de puro gusto, si de esta hecha no los despachurran todos los amos, será un milagro. Leyó Angel el decreto, y como era de esperarse todos llenos de contento agradecían al gobernador sinceramente su proceder, después de darle gracias á Dios dijo Amparo: — Con qué gusto le daría yo á ese hombre un abrazo muy apretado, pero ya que no puedo, te vuelves temprano y le dices á Lencho, que al descuido se lo dé á mi nombre, y que si acaso, le diga que una persona oculta entre los cerros, siempre rogará á Dios porque lo colme de felicidades.

El gobernador irritado y molesto por el calor de la cama no podía dormir, se levantó en paños menores, se cubrió con su capa y salió al corredor á tomar el fresco de la noche y respirar el aire embalsamado de los naranjos del patio. — ¿Qué casta de hombre será este amigo Lorenzo? se decía á sí mismo, acabo de hacer cuanto he podido en su beneficio, lo aseguré en su puesto, autoricé todos sus hechos, remunerero de una vez á sus todos como él dice, á sus familias, lo mejoro haciéndolo visi-

tador, y sobre todo le quito la horrorosa mancha de traidor y le doy una pública satisfacción, y sin embargo el hombre ha quedado disgustado, no ha podido disimular su resfrío, y advierto su malestar, tristeza, qué sé yo, el caso es que no está satisfecho; no es ambicioso, no es interesable, y aunque me ha contado sus cosas, yo creo que algo grave tiene en el corazón, yo lo aprecio, me le he manifestado su amigo, y no cumpliría el deber que me impone la amistad sincera que creo tenerle, si no mitigo los tormentos que lo afligen; sí, algún secreto lo tiene preocupado, lo haré que me lo descubra y si de mí depende aliviar su situación, con mucho gusto lo haré ó tomaré parte en sus penas, yo no me marchó sin haber hecho su felicidad.

Estaba ocupado en estos pensamientos cuando vió abrirse la puerta del dormitorio de Lorenzo y que salió envuelto en su manga, se ocultó tras de un pilar mientras el coronel atravesó el corredor andando de puntitas, abrió el zaguán que dejó emparejado y salió para la plaza. — La amistad me autoriza, exclamó el gobernador; amigo Lorenzo, voy á seguir sus pasos, á espiar sus acciones, y tal vez á descubrir sus secretos, pues me intereso por su suerte y esa es mi excusa en caso de que tome á mal mi proceder, y se fué siguiéndolo á una regular distancia. Entró al cementerio y lo vió dirigirse para el sepulcro de su padre, hincarse y recargar su frente contra la moldura, entonces cubriéndose con las plantas y pegándose á la pared de contra la de la iglesia llegó á situarse cuatro ó cinco pasos de distancia. Lorenzo figurándose solo, rezó una ligera plegaria con tal ternura, que su amigo recordando también sus propios pesares no pudo contener sus lágrimas. — ¡Gracias, Dios omnipotente! siguió diciendo Lorenzo, ¡gracias, manes venerandos y sombra querida de mi padre! ya mis hechos públicos han tenido un feliz término, todas mis aspiraciones han sido satisfechas y mis deseos cumplidos; pero acaba tu obra, ¡Dios mío! haz que cesen los crueles padecimientos que me destrozán el alma, acuérdate de esa infeliz mujer que habita ignorada de todos entre las fieras, que brillen sus virtudes á la faz de todo el mundo, que la pueda lucir como la esposa que me has destinado, en fin, que de una vez terminen también

nuestras calamidades. ¡Adiós, padre amado! ruégale á su divina Majestad, que escuche mis súplicas y que mitigue mi amargo padecer. Se paró limpiándose los ojos, besó con respeto la losa que cubría los restos del autor de sus días y al empezar á andar percibió un bulto que trató de ocultarse de su vista, para dejarle libre el paso, se precipitó colérico sobre él, y tomándolo con una mano del pescuezo, le dijo: — ¿Qué buscas, miserable, quién te...? — ¡D. Lorenzo, D. Lorenzo! ¡yo soy, yo soy su amigo! contestó el gobernador todo encogido sin poderse librar de la mano que con fuerza lo tenía agarrado. — ¡Cómo! exclamó sorprendido soltándolo y reconociendo la voz. ¿Para qué ha venido S. E., señor gobernador, á este fúnebre lugar? — Para sorprender sus secretos, amigo Lorenzo, para que me abra su pecho, me comunique sus penas, quiero saberlas, me intereso por su suerte, y la prueba de que de veras es mi amigo, la tendré si con franqueza me descubre lo que le atormenta. — Esta es la ocasión, pensó para sí Lorenzo, aprovechémosla, y tomándolo de un brazo le dijo: — Voy á complacerlo, pero vámonos para la casa, no sea que algún importuno nos escuche.

Recostado el gobernador en su cama, y Lorenzo sentado en la orilla le dijo sencillamente: — Enamorado de una niña decente de familia distinguida, y calculando que por mi humilde clase, deshonrosos antecedentes y la muy falsa posición que yo guardaba, jamás conseguiría que me la dieran por la buena, no hubo más remedio que arrebatármela y traérmela á esconder en estos cerros; hicimos nuestros juramentos ante Dios que está en el cielo y en presencia de mis cachorros, la infeliz apasionada de mí, se resignó á seguirme cambiando absolutamente de género de vida, de una ilustrada cortesana, en un instante aprendió á ser diestra cazadora y una marota de á caballo que anda por estos cerros como si se hubiera criado en ellos, ha cambiado los rasos, sedas, y lujosos aderezos, por unos calzoncitos de crea, su bata rabona, un sombrero de paja, sus botitas de gamuza, sus avíos de cazar y una escopeta de dos tiros, su espejo es en el agua del arroyo, sus pomadas el polvo de estos cerros, en lugar de pulsar el piano y usar abanico, empuña el metlapil, la escoba y almocafre, su distracción es la

cocina y cuanto animal ha reunido en su junuco, ó cultivar cuanta planta, flor y hierba se encuentra en el gran jardín de toda esa boscosa sierra que abunda en preciosidades; tenemos un chiquillo que ya va á cumplir cuatro años, y éste es la hora que aún no se bautiza en la iglesia; porque las circunstancias lo exigían, lo llevamos al arroyo de los Leones. Simón lo tuvo mientras el Chango le echó el agua con la fórmula de estilo: cuando la madre se ha puesto á pensar en el porvenir de esa criatura le ha costado muchas lágrimas, después un papel, ese maldito decreto que acaba S. E. de derogar, también se las hizo derramar á raudales, en fin, á pesar de ser mucha su abnegación y tener una alma muy grande y una resolución muy firme, el estado que guardamos nunca nos puede tranquilizar. Esta es en dos palabras nuestra situación. — ¿Pero qué sus padres se la negaron á vd.? — No, señor, no me atreví á pedírsela y ella conociendo su carácter y las desventajas que hallarían en mí persona, tampoco se resolvió á comunicarle á su padre nuestra pasión. — Por supuesto al extrañarla la buscaron, habrán temido su persecución y... — Nada de eso, la lloraron muerta, la mandaron enterrar, y para ellos no existe. — ¿Quiere decir que hubo algún supuesto accidente en que privada de sentidos han creído en su fallecimiento, y vd. del sepulcro se la sacó? — Propiamente puedo decir que del sepulcro la arrebaté, y hasta que no estuvo en mi poder á costa de un leve sacrificio y exponiéndome algo, conseguí que volviera de su letargo. — ¿Y ella ha estado contenta? — Muchísimo, señor, y para que más se admire, de flaca, débil, y descolorida, está convertida en una mujer maciza, sana, y muy desarrollada. — ¡Vaya un contraste! apenas puedo creer en sus palabras, amigo Lorenzo, tanta resignación en una niña de la clase que me dice es extraordinaria, pues lo general es que todas las mujeres aspiren, y muy rara es aquélla de una abnegación tan singular, eso prueba que su amor es puro, desinteresado, que no es de un corazón vulgar sino de una alma noble, y esa firmeza de carácter es digna de elogio, porque tal transformación de buena voluntad me encanta; ¿cómo se llama? — Amparo. — ¡Amparo! de ese mismo nombre era mi vieja, y exhaló un suspiro. — ¿Tal vez la esposa de

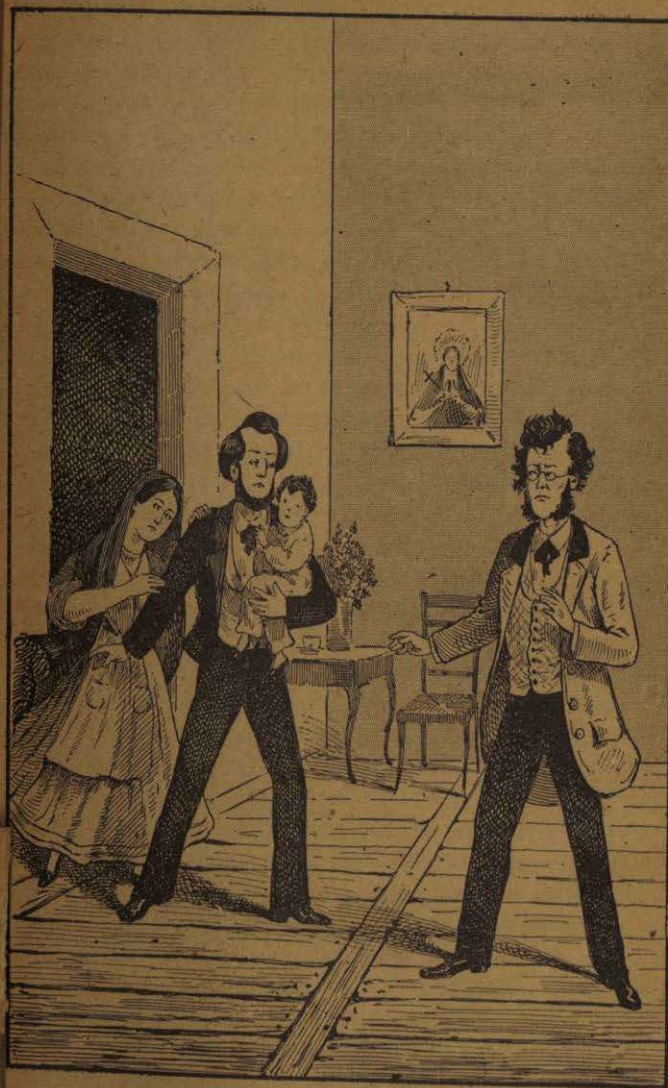
S. E. ó su hermana mayor? — No, amigo, una hija que por desgracia perdí, la más grande, era mi encantanto, la amaba con delirio, y por poco pierdo el juicio de la pesadumbre que me causó su muerte. — Tal vez si no hubiera fallecido le hubiera dado á S. E. su pesadumbre de otro género. — Es verdad, y no sé francamente cuál sería peor, si llorarla muerta, ó verla depender de una gente extraña, vale más que Dios se la haya llevado; ¿pero para qué atormentarme con recuerdos tristes cuando sólo me debo ocupar de su ventura, amigo mío, y basta que esa... — Reina de la Culebra, Diosa de Capirio, y Deidad de Cooporillo, he aquí los títulos que tiene entre cuatro ó cinco personas que la adoramos. — Pues bien, basta que esa Reina, Diosa y Deidad se llame Amparo, para adorarla también sin conocerla; yo tengo autoridad, dinero, influjo, y muy buena voluntad para hacer la dicha de vds., quiero que ambos me deban su felicidad, yo los presentaré á la iglesia, llevaré á esa criatura á ratificar su bautismo, si le falta dinero cuento con mi bolsa; ¿qué más quiere? seré su padrino, seré su compadre. — Será S. E. nuestro padre. — Lo que vds. quieran, ya lo dije, y en el supuesto de que estamos de acuerdo, lléveme á conocerla, quiero cuanto antes cumplirle mi palabra; mandaremos al secretario que se adelante, que disuelva la fuerza que está en Maravatío y marchen á sus destinos los destacamentos, con ocho ó diez hombres que me esperen en Acámbaro para entrar á Morelia me bastan, y yo no me marcho sin dejar concluido este negocio; voy á escribir para mi familia y disponer algunas cositas relativas al gobierno, porque estoy inquietísimo por irle á ofrecer mis respetos á esa Deidad, ya nuestro amigo el secretario ha roncado más de cuatro horas, despiértelo, con eso no perdemos tiempo; mientras yo lo despacho por aquí, vd. arregle lo de los criados y avío, que se lleven todo para quedarme sin ningún engorro.

Todo se hizo como lo dispuso, marchando el secretario para Maravatío poco antes de las cinco de la mañana, y á poco rato el gobernador y Lorenzo para el cerro. Cuando ya iban á media cumbre encontraron á Simón que sorprendido de ver al gobernador por tal camino, no hallaba qué decir: — ¿Qué sucedió por fin? le dijo su amo, ¿á qué te han mandado? habla con

franqueza, no hay secreto con el señor gobernador. — Pues, señor amo, dice mi amita que le dé su merced un abrazo á traición al señor gobernador en su nombre. y que le diga que una gente le pedirá á Dios que lo llene de infidelidades, en los cerros ó ya no me acuerdo la verdad, como me dijo, pero vale que sus mercedes me comprenden; y también me dijo el Chango que mi hijo está muy desinquieto, que venga su merced pronto. — Vuélvete, dijo el gobernador, y dile á tu amita que no entiendo de recibir abrazos por poder, que voy á tener el gusto de dárselos personalmente sin traiciones. Se quedó dudoso y Lorenzo le dijo: — Arriéndate, hombre, arranca á avisar lo que se te manda. Volteó su caballo y partió á escape por la cuesta arriba, inter se reían de sus disparates y aturdimiento. — Niñita, niñita, llegó gritando Simón; ahí viene el amo con su deselencia, que dice que no entienden de abrazos los poderes, sino personalmente de traiciones con gusto, ó quién sabe qué cosas me dijo tan alrevesadas, que no las pude tener en el entendimiento. — ¡Cómo! ¿dices que viene con buesencia? preguntó el Chango. — Sí, hermano, allí me los topé en la subida del caracol. — Pues voy á disponerle el sancocho que tanto le cuadró, y se dirigió á la cocina. — ¿Qué dices, Anita, qué imprudencia de Lencho con traernos á ese hombre? decía Amparo muy apurada; préstame unos trapos para vestirme de mujer. Juanito, Juanito; ¡Jesús, qué muchacho tan puerco! Le lavó la cara, lo peinó y violentamente lo vistió de limpio, sacudió las pocas sillas de la salita, recogió los palos y juguetes de su hijo que andaban rodando, y hubiera querido en ese instante hasta haber fregado los tabloncillos del piso; así que todo lo dejó medio limpio y arreglado se metió para su recámara á vestirse con la ropa de Ana María llena de sobresalto y cuidado.

Al entrar al cercado cubierto de hiedras y otras enredaderas se apearon entregándole á Simón las cabalgaduras, y empezaron á atravesar el bellissimo jardín sembrado por Amparo; luego que Juanito conoció á su padre arrancó á escape montado en una mula pinta de otate á todo el correr de sus piecitos acometiéndosela muy recio al acercarse. — Alto amiguito, gritó Lorenzo, no nos eche la mula encima, somos de casa. Tiró su otate y metiéndole la cabeza entre las piernas lo abrazó

delirante, lo alzó su padre, y después de acariciarlo le dijo: — Saluda al señor. Le tendió la manita y le ofreció la boca provocando un beso, lo cual fué aceptado por la visita y lo tomó en brazos. Entraron á la primera pieza que servía de sala y se lo sentó en las piernas. — ¿Cómo te llamas, chulo? — No chulo, Changuito, le contestó. — Vaya eso le viene por su padrino, y continuó diciéndose á sí mismo al contemplar su carita: — Qué muchachito este tan simpático; pero esos ojos tan lindos y el todo de sus facciones no me son extrañas, yo he visto esta fisonomía en otra parte, ¿en dónde, en dónde? sea lo que fuere esta criatura tiene un no sé qué que me halaga. — Le presento á S. E. á mis hermanos Angel Sosa y Ana María Cabello, la nana hueche de quien le tengo hablado. — Déjese ya de excelencias, amigo Lorenzo, aquí no soy más que su amigo verdadero. Después de los saludos se metió Anita para la recámara Angel á ver los animales, y Lorenzo se dirigió para la recámara diciendo: — No me dilato, señor. Su chiquillo desprendiéndose del abuelo corrió tras de su padre y ambos entraron á la recámara donde estaba Amparo acabándose de asentar el pelo. — Qué cosas haces, Lorenzo, por Dios, ¿para qué fuiste á traer á ese hombre, tal vez tiene relación con los de mi casa, me conoce y... — El se empeñó, se ha declarado mi amigo, me ha colmado de consideraciones y favores, me ha ofrecido su protección, y ya ves, querida, que si no aprovechamos la oportunidad que se nos presenta, nunca saldremos de este miserable estado. — ¿Pero y qué vergüenza voy á pasar, cómo me le voy presentando en estas trazas y...? — No te apures, todo se lo he contado. — ¿Y le has dicho quién es mi padre, de dónde soy y todo? — No, le dije el pecado, pero no el pecador, por ese lado no tengas cuidado. — Vaya, pues ya respiro; pero déjame rezarle otra salve á la Virgen del Buen Suceso. Mientras que Amparo rezaba salves, su padre encantado, con la fisonomía del chiquito que era muy parecido á la mamá, se devanaba los sesos diciéndose: — ¿Pero dónde, Mariano, adónde he visto una cara semejante? qué memoria tan infeliz la mía; pero qué consuelo se recibe en esta pieza, qué hermosas flores, qué bien silban esos pájaros, qué delicioso aroma se respira; de veras que esto es un verdadero Edén, un Paraíso en miniatura, con



Jugaremos el todo por el todo...

razón está tan hallada esa deidad; siento cierto bienestar que no hallo cómo explicármelo. ¿Pero y esos ojos tan hermosos de ese niño, y su carita de serafín dónde los he visto? vaya una tentación.

Mientras tanto Lorenzo también se decía: — Este es el momento del albur, salga lo que salga, le tapo el monte y se lo echo á la puerta, un sopetón que no lo deje premeditar, es padre, y si de veras amaba á su hija como me lo ha confesado, la bebe ó la derrama, ó ve cómo se compone. ¡ No me abandones, Providencia divina! ¡ socórreme, Dios eterno! Y resueltamente, cargando á su hijo en el brazo izquierdo, y tomando la mano de Amparo con su derecha, salió de improviso, se paró á media pieza y dijo: — *Señor gobernador, esta es mi Amparo.* Y á pesar de estar el papá muy variado, al alzar ella muy tímida los ojos para mirarlo, sorprendida y avergonzada, no pudo hablar una palabra, y quiso esconderse detrás de Lorenzo. El primer ímpetu del padre al mirar aquella demostración y reconocerla, no pudo contener su cólera de verla en tal estado, olvidó su muerte y se le vino al pensamiento su ultraje, se paró furioso marcándose en su cara la indignación y dijo: — Esa mujer es mi... — ¿Mi qué? le replicó con energía Lorenzo avanzando un paso y cubriéndola con su cuerpo; aquí rifamos el todo por el todo, caballero, ó me cumple su palabra ó lárguese para su casa y siga llorándola por muerta. Al notar aquella decisión, recordar sus promesas, y sobre todo ver á su hija viva, pudo más que su cólera su amor paternal, pues mudó de tono y con semblante suplicatorio prosiguió: — No me la oculte, amigo mío; porque esa niña es mi hija, la hija de mi corazón, y aparecieron á sus ojos las lágrimas de ternura. Lorenzo le dejó el paso libre diciéndole secamente: — Abraza á tu padre...

No hay voces con que describir lo que en este instante pasaba por estos corazones; el padre la abrazó frenético, lleno de gusto, ella de la misma manera humedecía con sus lágrimas de gozo su palpitante pecho. La besaba cariñoso, no se cansaba de mirarla, la acercó hasta la puerta para verla á toda luz, la tentaba como dudando de la realidad, y le preguntaba: — ¿Pero es cierto que vives, hija mía? ¿no es esto un sueño, una

ilusión, una locura? — No, papacito querido, mírame bien, yo soy tu vieja, y le repetía sus cariños. — ¿Pero si te he visto quemada, cómo es que ahora te encuentro viva? — Las apariencias engañan, señor, respondió Lorenzo. — ¿Pero á quién le debo esta dicha, este singular favor, este...? — Al mismo que poniéndole en sus brazos en la plaza de Coroneo á la otra chiquilla, le dijo: — Aquí está una, y se volvió á arrojar al fuego. — ¡Cómo! ¿pues qué vd. fué el salvador de Lola? — Mire mis piernas quemadas que no me dejan mentir. — ¿Cómo le pagaré tan gran servicio, amigo mío? — Con una cosa muy sencilla, con que perdone nuestras faltas, y autorice las medias; de las dos que tenía perdidas ya le dí una, y es justo que de buena voluntad me deje esta otra, y si es que le parece que le saco la ventaja, le daré de ribete este Changuito, que también le dirá papá. — Cójasela, cójaselas todas porque este chiquito vale más que todas ellas. Amparito, abraza á tu esposo; ven, chulo, con razón me simpatizabas y no me eran extrañas tus facciones, si eres el vivo retrato de tu madre. Y cogiéndolo en brazos le hacía mil caricias, que el niño que no era hurano con los hombres correspondía sin fastidiarse. — Pero, hombre Lencho, hijo mío, ¿díganme cómo fué eso de las apariencias? yo al cargar con Aurelia vi perfectamente á ésta allí también asfixiada, y en el mismo cuarto se hallaron dos cuerpos quemados.

Le contó Amparo en pocas palabras la verdad, y al ver Lorenzo que empezaban á entrar en materia y pormenores se retiró para dejarlos explicarse con libertad, ella antes que todo se hincó enfrente diciéndole: — ¿Perdóname, papacito, si ciega, apasionada de Lorenzo te he ofendido! iba resuelta á abandonarte, á cometer en casa un escándalo con mi fuga, en fin, á atropellar con todo por no prescindir del tierno objeto de mi amor, no culpes á Lencho en lo más mínimo, pues en mis hechos y cuanto me rodea sólo ha obrado mi voluntad; el hombre desaprobando mis resoluciones ha hecho cuanto ha podido para que yo no tocara el último extremo, y aprovechando la ocasión de salvarme del fuego exponiendo su propia existencia, prefirió el que me lloraran por muerta, antes que me maldijeras por infame; conque, papacito, ¡perdóname!

quítame este peso que me ha torturado el alma. — Levántate, hija querida, ven á mis brazos, y muy lleno de gozo multiplicó sus caricias. — ¿Pero, hija, que hayas tenido corazón de negarme tu existencia y hacernos derramar tantas lágrimas por tu muerte, por qué no me descubriste tu pecho, no sabías que siempre fuiste mi predilecta y te enseñé á tratarme con franqueza? esa es una ingratitud. — Conocía tu carácter inflexible y no tuve valor para decirte mi pasión, porque yo también soy firme en mis resoluciones, y una desaprobación tuya me hubiera comprometido á cometer otros excesos; no me juzgues ingrata, te hubiera querido ver en mi lugar y en el grave apuro en que me puso Lorenzo en el cerro de las Torcazas, cuando relevándome de todos mis juramentos me dijo: — «Allí están tus padres llorando por ti, no seas ingrata, recuerda que les debes el ser, una sola palabra tuya puede volverles la dicha y enjugar su llanto, eres libre, sigue el camino que quieras y allí espero tu resolución.» Por poco me vuelvo loca, las campanas con su triste sonido me hacían presente tu amargura, todo se me presentó á la vista; pero por el otro lado estaba el hombre á quien amaba y le debía también la vida; á vds. los consideraba sufriendo el dolor más acerbo, y á él lo veía con sus piernas quemadas sufriendo por salvarme los ardores de sus llagas, en tal situación también tomé una resolución extrema y no quise por mí misma decidirme, me cubrí la cabeza, hice malacatonche, determinada á seguir el sendero que se me presentara delante sin volver un paso atrás. Tuviste poca suerte, papacito, al destaparme y abrir los ojos me vi frente á Lorenzo sentado á gran distancia, te dirigí el último adiós, lloré muchísimo por vds. y más tranquila seguí el sendero que me marcaba mi destino: ¿qué más quieres que haya podido hacer por ti? te rifé, y si la fortuna te fué adversa no me culpes á mí, sino á la fatalidad que quiso atormentarte, en fin me has vuelto el alma al cuerpo, ha revivido mi amor filial y al verte tan ufano acariciando á mi hijo, gozo de una dicha inexplicable, ven á ver mi casa, mis animales, mis flores, en fin toma entera posesión de este pobre albergue, en que más de cuatro tiernos suspiros he exhalado por ti, por mi mamá y hermanas. Y lo hizo ver todas sus

cosas, su caballo, su escopeta, su venada, conejos, gallinas, pájaros y cuanto tenía reunido en su Edén. — Pero Lorenzo me dijo, advirtió su padre, que aquí tenías un traje particular, que eras Reina, Diosa, Deidad, y quiero verte de la manera que has estado. — Es cierto, voy á complacerte, mientras siéntate en el corredor y admira mis flores; niño, enséñale á tu papá grande tus juguetes, y se metió á vestirse con su traje común.

Inter el Changuito á imitación de la madre fué acumulando sobre el abuelo sus caballos, tambor, muñecos, trastes y con cuanto le llevaban sus papas. Llegó Lorenzo que contándole á Angel lo ocurrido se entretuvieron un rato. — ¿Pero qué es esto, señor? no sólo le han echado el caballo encima, sino que lo han constituido en baratillo? — Qué quieres, hijo mío, estos son los gajes de los abuelos, son muy rígidos con los hijos y los nietos los dominan. De repente apareció Amparo con su singular vestido, y tocándose la falda de su sombrero soltando su escopeta al descuido sobre el brazo izquierdo dijo: — E. S. gobernador, la Reina de la Culebra, la Diosa de Capirio y Deidad de Cooporillo, humilde implora la gracia de que se sirva S. E. honrar su pobre mesa, no encontrará manjares exquisitos ni deliciosos licores, pero sí una buena voluntad más grande, que el inmenso espacio que á su vista se presenta. — Acepto, hermosa Reina, hechicera Diosa, y Deidad encantadora; con razón hay hombres que se arrojan al fuego por salvar esos ojos que hacen eclipsar al sol, vamos á la mesa porque este día ha sido el más delicioso de mi vida, ha nacido de nuevo para mí mi vieja, y me encuentro con un Changuito más lindo que el lucero del alba.

Almorzaron todos perfectamente, el Chango echó el resto en sus guisos, y después se fueron á enseñar al abuelo el arroyo de los Leones donde fué bautizado Juanito. Al ver á su hija absolutamente cambiada, robusta, de bonitos colores, muy ágil y convertida en una semi amazona exclamó: — Apenas puedo dar crédito á lo que miran mis ojos, tu transformación me encanta. — Eso mismo me sorprende al verte, papacito, le contestó, que yo haya mudado de vida, costumbres, y me haya constituido una salvaje, no es de extrañarse, porque la circunstancia de amar á un hombre que habita en los bosques, me

hizo acomodarme á lo que me podía facilitar, sin más aspiraciones que poseer su corazón, y no tenía compromiso que me ligara á cumplir ningún ofrecimiento contrario á mis designios, por eso es que me admiro de verte de gobernador; que te mire calvo, sin dientes y muy variado, le echo la culpa al tiempo, pero eso de figurar en política no tiene perdón, ¿adónde está tu sostenido carácter, tu rígida formalidad, y la fe y amor que mi mamá te merecía? ¿no recuerdas que solemnemente le ofreciste no mezclarte en ella? ¿el tiempo que te ha quitado el pelo te ha trastornado los sesos, ó ya para ti es mi madre una persona indiferente? — Tienes razón, mi vida, tu reconvencción es justa, y te confieso sinceramente que en el delito he tenido el castigo, las apremiantes circunstancias en que llegó á verse la causa pública, el ser presidente de la suprema Corte, y tantísimo como me mortificaron, hasta el extremo de echarme de empeño á tu mamá, me hizo dar con mi propósito en tierra, pero apenas subí al poder, cuando los mismos que me elevaron comenzaron á quererme derrocar, porque sus miras bastardas, falso patriotismo, y conveniencias particulares se estrellaron contra mi modo de gobernar; todos se figuraron tener en mí un espantajo, un maniquí de quien sacar toda ventaja; pero yo que tengo mundo y sé cuáles son mis obligaciones, he querido escarmentarlos manteniéndome firme, haciéndoles sentir un triste desengaño, llegando su audacia y desvergüenza hasta el extremo, de que hubo hombre que pretendió un ascenso alegándome por méritos, que en la época anterior vendió los secretos del gobierno dando parte á su enemigo de todas las disposiciones; porque no se quedara descontento, y vista su propia declaración, le mandé dar en presencia de los muchos aspirantes que me asediaban, veinticinco palos en el cuerpo de guardia del palacio, y por cordillera lo mandé desterrado del Estado. Me he encontrado multitud de despilfarros que con mano rígida he corregido, ocasionándome millares de descontentos, mi gobierno ha de durar bien poco, pero más de cuatro se han de acordar de mí, y muy caro pagarán el haber pensado que yo era tan pícaro como ellos.

Cada rato he querido renunciar y echar á todos enhoramala, pero solo el capricho de amolarlos y hacerlos entrar al orden

me ha hecho conservarme en el puesto, les puedo asegurar á vds. sin jactancia que no he encontrado un liberal de buena fe en todo el Estado, y sólo he sacado la ventaja de conocer á fondo á mis compatriotas para no volver á alternar con ninguno, porque todos no estudian más que el modo de vivir á costa del erario de puros holgazanes, ó sacar cuantas ventajas puedan de su opinión tan voluble como el viento; conque ya te confesé mi error, y muy pronto volveré sobre mis pasos; pero vamos á otra cosa, yo me propuse ser padrino y compadre de vds., presentarlos si era posible hoy mismo á la iglesia, mas por ningún principio es conveniente descubrir en el valle este secreto, todo el mundo diría que cuanto acabo de hacer por Lorenzo no ha sido en justicia, sino que abusando de mi autoridad sólo he tratado de dejar bien puesto á mi yerno, además, no puedo consentir que vds. permanezcan en tal estado ni dejar á mi vieja en estos páramos; el gusto que he tenido en abrazarla no se les puede negar á su mamá y hermanas, ¿qué hacemos, Lorenzo? tampoco puedo despojarte de tu mujer porque bien ó mal hecho es tu esposa y yo te la acabo de dar. — Señor, contestó Lorenzo, reconociendo á vd. como á mi padre, y agradecido á sus bondades, me tiene á su obediencia, haga de mi persona lo que guste, y sólo le suplico que para este asunto, se digne consultar la voluntad de mi esposa que es la dueña de la casa y madre de la familia. — ¿Qué dices, hija, me sigues para Morelia, ó insistes en permanecer en estos bosques ignorada? — Me pides imposibles, papacito, yo no quiero despreciar á ninguno ni puedo partir mi corazón, mucho menos ir á Morelia, porque si aquí temes el escándalo, allí sería peor la campanada que diera mi resurrección, causaría más mitote, que pesadumbre dió mi muerte, sería el origen de mil comentarios, y es capaz que esos descontentos de tu gobierno hallaran en este raro acontecimiento una arma con que vengarse de ti, por lo que decididamente jamás pondré un pie en la capital del Estado. — Se me ocurre un medio, hijita, que Lorenzo prescinda del coronelato y cuantos chismes lo ligan por aquí, para que directamente se vaya á vivir con toda su familia y á manejar las haciendas de tu mamá, en donde sin llegar á Morelia te tendremos muy cerca. — Papacito, eso mismo pensaba yo, pero para darte gusto se

necesitan sacrificios. — ¿Cómo sacrificios? explícate, niña. — Me explicaré si me escuchas con calma y no te ofendes. — Puedes hablar. — Pues bien, renuncio contenta á cuanto ves que aquí me ha costado mi sudor y trabajo, haré que Lorenzo también prescinda de la buena colocación que al fin ha logrado, del sitio en que nació, y cuanto por aquí lo liga, y ya ves que por nuestra parte haremos proporcionalmente sacrificios por complacerte, pero ha de ser á condición de que por la tuya me ofrezcas recompensarnos de igual manera, y si te determinas es negocio arreglado. — ¿No sé cuáles me exijas? — Unos muy sencillos y que no podrás negarnos; ya faltaste una vez á tus propósitos, ya no eres aquel hombre inflexible y sostenido en sus ideas, dices que tienes mundo, que no quieres alternar con tus buenos compatriotas; pues ahora mejor que nunca puedes complacerme y con una palabra hacernos á todos muy felices, en la inteligencia de que si no aceptas, no me sacas de estos cerros ni á balazos. — ¿Qué es lo que quieres, no me confundas? — Que prescindiendo de vanas preocupaciones y caprichos, echas á la porra al gobernador, al ministro, al licenciado, á tu bufete, los negocios y cuanto te liga por allá, para que reunidos todos en las haciendas no sean vds. dos más que rompeterrones como mi abuelo; sólo por cabezudo te has acabado la vida defendiendo intereses ajenos, abandonando los tuyos, los nuestros, á manos extrañas que muy bien habrán sabido aprovecharse de ellos en propia conveniencia, confíesela mas que no me la pagues, conoce la razón, quiero que te acuerdes que no eres dueño de ti mismo, que eres padre, que tus hijos reclaman tu persona y que sólo perteneces á tu familia; en fin, papacito de mi alma, quiero ver cuánto dura un viejo bien cuidado, y que aunque sea en el último tercio de tu vida le des gusto á mi mamá que tanto suspira por el campo y el sitio en que se crió. — ¿Pero tú me pides también imposibles, Amparito, eso de desbaratar hasta mi casa, nulificar mi carrera y...? — ¿Y á qué más puedes aspirar en tu carrera? ¿qué necesidad tienes de ella para comer? — Es verdad, ¿pero qué dirán los que vean tal disparate? — ¿Y qué te supone lo que digan unas gentes que no te merecen fe ni tienes gana de alternar con ellas? al contrario, que vean que huyes de su trato porque conociendo sus mañas

los desprecias. — Ya veo que no te faltan razones para sostener tu pretensión, me has cogido la encuartada, y mas que sea una locura, será vd. obedecida al pie de la letra, Deidad de Cooporrillo. Lo abrazó llenándolo de caricias contentísima de haber conseguido cuanto deseaba. — Conque según lo pactado, dijo el papá, queda definitivamente arreglado, que mientras voy á desbaratar la casa en Morelia, Lorenzo vaya á hacer desaparecer las tuyas por aquí, al mismo tiempo que su hermano Angel y tú arreglan la que mejor les parezca para meternos en las haciendas, en donde será el punto de reunión. Casualmente estoy disgustado con el administrador que últimamente coloqué, ya no existen ninguno de los dependientes que pudieran concertar, y allí se podrá formalizar tu matrimonio y el bautismo de mi Changuito, *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*. Señor D. Lorenzo, discurre el modo de ver cómo desaparece ó matas de una vez al coronel Astucia, para que su nombre se sepulte en el olvido, porque en las haciendas te esperan con ansia tu padre, tu esposa, tu hijo y demás familia que con gusto recibiremos en nuestros brazos á Lorenzo Cabello: pero jamás emparentaremos con el tal Coronel Astucia que ha dado tanto en que decir, esa es mi resolución definitiva, ahora nos pondremos de acuerdo para no perder el tiempo ni dar á nadie en que sospechar. Esta tarde bajaremos para el pueblo y mañana públicamente emprenderá su marcha el gobernador, mientras que por aquí la Deidad alza su campo y dispone su hitacate para el camino; vámonos á tirar un rato mientras se hace hora de comer, porque anoche nos la pasamos de claro en claro. — Y que Angel con los cachorros, agregó Lorenzo, trasladen desde luego todo lo que guste llevarse esta niña para tierra fría, al cerro de la Culebra, en donde nos reuniremos pasado mañana para emprender la marcha para el de Irimbo ó á Coroneo, y allí se desgranará la mazorca.

Al estar comiendo, dijo el abuelo: — Voy á ver si hacemos de un avío dos mandados, y tenemos que comer dos guajolotes de un par de bodas. — ¡Cómo! ¿pues quién de mis hermanas se casa también, papacito? — Lola que está apasionada perdida de un joven pasante mío, no pudieron disimular sus amores, llamé á la muchacha á cuentas, ella sin embozo me contó sus

pretensiones, y para evitar que el amante anduviera haciendo el oso, rondando la calle y dando que decir, le he permitido la puerta franca, ya casi es negocio arreglado, y esperamos que se acabe de recibir de abogado para que no corte su carrera, ya está apto, sino que por los chismes políticos en que me he metido no he podido presentarlo, y de eso será de lo primero que me ocupe al llegar á Morelia. — ¿Y qué casta de joven es ése? — No te diré nada de su descendencia porque no me he metido en averiguarlo, desde luego se conoce en su presencia, finos modales, que es de buena cuna, tiene un talento muy despejado, es estudioso eficaz, nada pedante ni patarato, en fin, el rey de mis pasantes, le he confiado algunos negocios de consideración, y por último, él lleva el peso de mi bufete, me ayuda en la audiencia, y casi no soy más que un firmón, me lo recomendó su tutor que es muy mi amigo; pero ahora si se formaliza el casamiento trataré de informarme, aunque á juzgar por su apariencia creo que es excusado ese paso, yo soy buen fisiologista y rara vez me equivoco. — ¿Cómo se llama tu protegido, papacito? — Enrique López, ahí lo conocerás y serás de mi misma opinión. — Sin ir más lejos, dijo Lorenzo, yo podría dar razón de la descendencia de ese caballero, y sólo para que vean que no debe uno fiarse de las apariencias porque engañan todas, en dos palabras le diré simplemente, que Enrique López, el tutoreado del señor D. Manuel N. (si es acaso el mismo de quien se trata)... — Es el mismo, y prosigue, Lorenzo. — Pues, señor, prosigo, ese joven es hijo de una mujer loca y de un hombre que por sus procederes fué colgado en un pino para escarmiento de pícaros, quedó solo á cargo de un tío postizo compañero del ajusticiado, que también ha dado mucho que decir, y ni el gobierno del Estado pudo corregirlo; no se entienda que esto lo digo por desprestigiar á ese sujeto, sino porque se trata de apariencias para juzgar; eso es respecto de sus padres, en cuanto á su fortuna, sólo cuenta con su inteligencia, porque hasta los cigarros que chupa se los dan de caridad, en este supuesto compare sus apariencias con mis verdades, y vd. sabrá si lo admite como yerno. — Hombre, me has dado un escopetazo, de un solo golpe has desbaratado todo mi plan y el mejor concepto que me tenía formado de ese des-

venturado joven, que tendré la necesidad de despedirlo de mi casa negándole redondamente la mano de Lola. — ¿Pero qué culpa tiene, papacito, dijo Amparo, ese pobre joven? ¿acaso estuvo en su mano elegir su suerte? ¿qué jamás podrá el desventurado hallar un remedio á la desgracia que sin tener parte lo persigue? ¿y no podrá algún buen hijo borrar con nobles hechos la mancha de que esté sucio, sino que á fuerza ha de pagar sin remisión los errores de sus padres? así nunca se corregirá ningún mal, y desgraciado del que por malas apariencias se juzga de su persona. — Todo lo contrario, hijita, y yo por las buenas apariencias que actualmente lo rodean, lo he considerado. — Pero que han rodado por el lodo, replicó Lorenzo, al instante de compararse con las adversas, y si este descubrimiento hubiera sido después de ser admitido en la familia, sin duda es origen de la eterna desventura de todos. — Es verdad, ¿pero qué hacer en tal estado, hijo mío? — No sólo en tal estado sino siempre, no juzgar ligeramente por apariencias, sino por las efectivas realidades, que si las quiere saber tampoco tengo inconveniente en decírselas como lo hice con esta niña al declararnos nuestro amor.

Ese joven Enrique es hijo de Clarita, una de las víctimas sacrificada á la avaricia y perversos instintos de su padrastro, que con falsas apariencias encubría sus crímenes, mientras que con muy desfavorables ella ocultaba sus pesares, hasta que la realidad hizo colocar á cada cual en su verdadero puesto. Su padre fué José López que con el apodo de Pepe el Diabolo, sucumbió como he contado á vd. con mis demás hermanos en la barranca de la Viuda, y fué colgado también por los bandidos autorizados que nos asaltaron, y el tío postizo de quien depende soy yo : ahora, señor, ya puede obrar con conocimiento de causa, la suerte de ese muchacho la pongo en sus manos, resérvese los pormenores que le he contado, porque he tenido empeño en que los ignore, y si se ha granjeado que sus apariencias no le sean perjudiciales, sea eso su única recomendación para que no lo corra de su casa, ni le niegue la mano de su hija, digo mal, de la mía, porque tengo participio después de Dios en su existencia. — Con muchísimo gusto lo acepto por hijo, contestó el padre. — Y yo por hermano, agregó

Amparo. — Y yo les agradezco á los dos su bondad, replicó Lorenzo : á vd., señor, que ha sido nuestra Providencia le corresponde acabar su obra y hacer nuestra felicidad completa.

A buena hora se bajaron los dos para Jungapeo donde inquietas los esperaban multitud de personas, á quienes contó el coronel que S. E. fué á ver en un instante el cerro grande donde se situó el memorable campo de Cooporo; hubo su tertulia y otro baile empeñándose todos en acompañar al gobernador al otro día hasta el puente de Irimbo, almorzando de paso en Tuxpam. Desde que se separaron de Cooporillo empezó la Deidad á desbaratar su Edén donde dió puerta franca á sus animales diciéndole á su venadita : — Corre, primorosa, anda con entera libertad por estas selvas adonde encontrarás á los tuyos y gozarás con ellos de regocijo, como yo. Acabó tu reclusión, lindo faisán, respira el aire libre, parte á cumplir con tu destino, como yo. Vuelen, querido jilguero, amado zenzontle, dorada calendria, hermoso cardenal y todos vds. que con sus dulces trinos han alegrado mi estancia, váyanse á buscar á sus parejas, á vivir contentos y descansar en sus nuevos nidos, como yo. Así con mil ternezas, se fué despidiendo de todos sus animales, juntó semillas de sus flores favoritas, y marcharon al otro día, recogiendo de Capirio también lo que era posible llevarse en cuatro mulas de carga que con Simón mandó Lorenzo y cuanto pudieron acomodar en sus caballos. Llegaron muy fácilmente al cerro de la Culebra adonde los esperaban el gobernador y Lorenzo que desprendiéndose de sus acompañantes, á poco rato se internaron en el huizachal de Jaripeo el grande, y remontándose por el encinal coordinando sus planes para realizar sus intenciones, insensiblemente retrocedieron hasta dicho punto, al ver que estaba haciendo una luna muy hermosa quisieron aprovecharla, y á las siete de la noche partió la caravana compuesta de dos mujeres, cinco hombres, el Changuito dormido bien colocado entre las cargas, tres caballos de mano, cuatro mulas, todos cargados de envoltorios y de trebejos, seguidos de catorce mastines de todas clases, edades y tamaños; he aquí la familia del mentadísimo coronel Astucia, que la sacó del valle sin que alguna persona lo notara, y avanzó esa noche casi al trote

cortando camino hasta parar á las diez de la mañana del día siguiente en la cañada de las Torezas, donde de la manera más extraordinaria celebró su matrimonio cinco años antes, improvisaron su barraca, hicieron su cocina, almorzaron llenos de gusto, descansaron y durmieron hasta proseguir á las seis de la tarde su marcha para llegar á Coroneo de noche no llamando la atención de ninguno, á posar al mesón mismo que repuesto les hizo recordar tristes memorias, lo mismo que el sepulcro muy arruinado que por desidia estaba á un lado de la iglesia lleno de hierbas y tepozanes que eran sus adornos fúnebres. De aquel pueblo partió el gobernador con Lorenzo seguidos de Simón y el Chango con dos mulas de avío hasta San Andrés, donde acompañado de la escolta que allí lo esperaba se siguió de frente hasta Morelia, y Lorenzo por Tajimaroa regresó al valle mientras Angel su cuñado con más comodidades, nuevos criados, y otras cabalgaduras fletadas, cortando por Santa María, Maravatío el alto, y otros pueblos, habilitado de dinero y su carta orden, á jornadas descansadas, llegó á recibirse de las haciendas que al instante le fueron entregadas, y Amparo empezó á disponer las habitaciones para los huéspedes que debían emigrar.

CAPÍTULO XIV

El extraordinario de Morelia. — Muerte del coronel Astucia. — Caída del gobernador. — El yerno y los suegros. — Las dos bodas. — Conclusión.

Lorenzo con sus viejos cachorros empezó con disimulo á transportar los diez y seis mil seiscientos pesos concedidos á sus *todos primitivos* para sus respectivas casas, destruyó sus habitaciones quemando maderas y no dejando indicios de ellas, y el último viajecito de Simón y el Chango, fué conduciendo en dos cajitas de madera muy curiosas, las cenizas de Clarita la madre de Enrique y los restos de su padre, que con precaución y disimulo se extrajo de los sepulcros, dándoles orden á sus enviados de no volver sino quedarse con su amita. El se quedó de huérfano andando de aquí para allí, comiendo en una parte y durmiendo en otra para no hacerse molesto, sin más avío que tres mudas de ropa interior, depositadas en un escondite del cerro de Tarimoro, y su caballo tortuguillo; todo lo dejó en corriente en menos de veinte días, ya habían pasado otros diez ó doce, cuando estando muy entretenido con sus *todos* en Laureles jugando gallos en celebridad de que comenzó la zafra ó molienda de caña, llegó á mata caballo un correo extraordinario conduciendo unos pliegos del gobierno, preguntando ansioso por el coronel Astucia á quien iban dirigidos. — ¿Qué se ofrece? dijo al que primero recibió el correo, y le gritó luego: — Aquí lo buscan de Morelia, coronel. Y pudiendo apenas disimular su alegría recibió las comunicaciones, y mandó que le dieran de comer á aquel hombre y un pienso á su caballo. — ¿Qué acontece, coronel? — ¿Qué hay, amigote? — ¿Qué es alguna novedad? así todos fueron preguntando llegando ansiosos á rodearlo. — Vean vds., ca-